

En casa se usaban corrientemente tanto el inglés como el español. Si se me preguntara cual ha sido el principal acontecimiento de mi vida constataría que lo fue la biblioteca de mi padre. A veces pienso que nunca he salido de esa biblioteca. Todavía puedo verla: en una habitación exclusiva, con estanterías protegidas con cristales donde reposaban varios miles de volúmenes. Siendo tan corto de vista, me he olvidado de la mayoría de las caras de aquel tiempo (quizás, cuando pienso en mi abuelo Acevedo estoy pensando en una fotografía suya) y, sin embargo, recuerdo vívidamente los grabados en acero de la Enciclopedia de Chamber y de la Britannica. La primera novela que lei completa fue "Huckleberry Finn". También lei libros del capitán Marryat, "Los primeros hombres en la Luna" de Wells, Poe, una edición en un tomo de Longfellow, "La isla del tesoro", Dickens, "Don Quijote", "Tom Brown en la escuela", los cuentos de hadas de Grimm, Lewis Carroll, "Las aventuras de Mr. Verdant Green" (un libro hoy olvidado), las "Mil y una noches" de Burton. La obra de Burton, llena de lo que entonces era considerado obscuro, me estaba prohibida y tenía que leerla a escondidas en la azotea. Pero en aquella época yo estaba tan entusiasmado con lo mágico que no prestaba atención a las partes censurables. Todos estos libros los lei en inglés. Cuando más tarde lei "Don Quijote" en español me pareció una pobre traducción. Todavía recuerdo aquellos volúmenes rojos con letras doradas de las ediciones Garnier. En algún momento la biblioteca de mi padre fue desbaratada, y cuando lei el "Quijote" en otra edición tuve la impresión de que no se trataba del verdadero libro. Después un amigo me consiguió la edición publicada por Garnier, con los mismos grabados en acero, las mismas notas y las mismas erratas; todas estas cosas son para mí el libro, lo que yo considero el verdadero "Quijote".

En español lei muchos de los libros de Eduardo Gutiérrez sobre hombres "fuera de la ley" y "desesperados" —entre ellos "Juan Moreira", el más destacado de todos— y también sus "Siluetas militares" que incluye un vigoroso relato de la muerte del coronel Borges. Mi madre me prohibió la lectura de "Martín Fierro" porque lo consideraba un libro sólo adecuado para rufianes y que para nada hablaba de los verdaderos gauchos. También éste lo lei a escondidas. Los sentimientos de mi madre se originaban en que Hernández había sido partidario de Rosas y, en consecuencia, un enemigo de nuestros antepasados unitarios. También lei el "Falcundo" de Sarmiento y muchos libros sobre mitología griega y escandinava. La poesía me llegó (en inglés) a través de Shelley, Keats, Fitzgerald y Swinburne, los grandes favoritos de mi padre, que podía recitarlos abundantemente, cosa que hacía con frecuencia.

Empecé a escribir cuando tenía seis o siete años. Trataba de imitar los clásicos españoles: por ejemplo, Cervantes. Había confeccionado, en un inglés bastante malo, un manual de mitología griega, seguramente extraído de Lempière. Esta puede haber sido mi primera aventura literaria. Mi primer cuento fue una tontería al estilo de Cervantes, un romance llamado "La visera fatal". Estas cosas las escribía muy prolijamente en cuadernos escolares. Mi padre nunca interfirió con mis trabajos. Quería que yo cometiera todos mis propios errores y una vez me dijo: "Los hijos educan a los padres, y no al revés". Cuando tenía más o menos nueve años traduje "El príncipe feliz" de Oscar Wilde y fue publicado en el diario bonaerense "El País". Como la traducción estaba firmada "Jorge Borges", la gente supuso que era obra de mi padre.

No me causa ningún placer recordar mis primeros años escolares. Para empezar, no concurrí a la escuela hasta haber cumplido nueve años. Esto porque mi padre, por su condición de anarquista, desconfiaba de todas las empresas estatales. Como yo usaba lentes y me vestía con cuello y corbata al estilo de Eton, debí soportar las burlas y agresiones de la mayoría de mis compañeros. No puedo acordarme del nombre de la escuela, pero sí que estaba en la calle "Támesis". Mi padre decía que la historia argentina había asumido el rol del catecismo y que, por lo tanto, se esperaba de nosotros que adoráramos todas las cosas argentinas. Por ejemplo, se nos enseñaba historia argentina antes de que se nos permitiera conocer las muchas tierras y los muchos siglos que se habían conjugado en su formación. En lo que concierne a la composición en español, se me enseñó a escribir en un estilo florido: "Aquellos que lucharon por una patria libre, independiente, gloriosa..."

Tiempo después, en Ginebra, se me dijo que esa forma de escribir carecía de significado y que debía mirar las cosas con mis propios ojos. Mi hermana Norah que nació en 1901, asistió a una escuela de niñas.

En 1914 viajamos a Europa. La vista de mi padre había empezado a fallar y recuerdo haberle oído decir: "¿Cómo voy a seguir firmando documentos legales si no puedo leerlos?". Forzado a un retiro temprano, planeé nuestro viaje exactamente en diez días. El mundo no estaba abrumado por sospechas en aquel tiempo; no había pasaportes ni otras trabas burocráticas. Primero pasamos algunas semanas en París, una ciudad que ni entonces ni después me ha gustado mucho (como le ocurre a cualquier otro buen argentino). Quizás, sin saberlo, siempre he sido un poco británico; en realidad siempre pienso en Waterloo como en una victoria. La finalidad del viaje, con respecto a mi hermana y a mí, era la de que concurriéramos a la escuela de Ginebra; viviríamos con mi abuela materna (que viajó con nosotros y murió allá), mientras mis padres recorrían el continente. Al mismo tiempo mi padre sería tratado por un famoso oculista ginebrino. En aquellos tiempos Europa era más barata que Buenos Aires y la moneda argentina valía mucho más. Sin embargo, éramos tan ignorantes de la historia que no teníamos la menor idea de que la Primera Guerra Mundial habría de estallar en agosto. Mi madre y mi padre se hallaban en Alemania cuando ello ocurrió, pero se las arreglaron para reunirse con nosotros en Ginebra. Un año o dos más tarde, pese a



memorias de BORGES

—II—

la guerra, pudimos cruzar los Alpes y viajar por el norte de Italia. Conservo vivos recuerdos de Verona y Venecia. En el vasto y vacío anfiteatro de Verona yo he recitado con voz fuerte y audaz varios versos gauchescos de Ascasubi.

El primer otoño —1914— empecé mis clases en el Colegio de Ginebra fundado por Calvino. En mi clase éramos unos cuarenta, y más de la mitad extranjeros. La materia principal era el latín y muy pronto descubrí que era posible dejar que los otros estudios se arrastraran un poco siempre que se fuera bueno en latín. Pero todas las otras materias —álgebra, química, física, mineralogía, botánica, zoología— se estudiaban en francés. Aquel año aprobé satisfactoriamente todos mis exámenes excepto francés. Sin decirme palabra, mis compañeros de clase hicieron llegar al director una petición firmada por todos. Señalaban que yo tenía que estudiar todas las materias en francés, un idioma que también debía aprender. Le pedían al director que tuviera esto en cuenta y él, muy bondadosamente, así lo hizo. Al principio ni siquiera entendía cuando un maestro me llamaba; pronunciaban mi nombre en una sola sílaba que sonaba algo parecido a "fory (e)". Cada vez que tenía que contestar, mis compañeros me daban un codazo.

Vivíamos en un piso en el lado sur —el viejo— de la ciudad. Todavía conozco a Ginebra mejor que a Buenos Aires y ello se explica porque en Ginebra no hay dos esquinas iguales y uno muy pronto aprende las diferencias. Todos los días caminaba a lo largo del verde y helado Ródano, que corre a través del corazón de la ciudad y que es atravesado por siete puentes absolutamente distintos. Los suizos son bastante orgullosos y reservados. Mis dos mejores amigos eran de origen judío-polaco: Simón Jichlinski y Maurice Abramowicz. Uno se convirtió en abogado y el otro en médico. Les enseñé a jugar al truco y lo aprendieron tan rápido y tan bien que al final de nuestra primera partida me dejaron sin un centavo. Me convertí en un buen latinista, aunque la mayor parte de mis lecturas privadas las hacía en inglés. En casa hablábamos en español, pero muy pronto el francés de mi hermana se hizo tan bueno que hasta soñaba en ese idioma. Recuerdo a mi madre regresando a casa un día y encontrando a Norah escondida detrás de una roja cortina de felpa llorando de miedo. "¡Une mouche! ¡Une mouche!". Parece que se le había contagiado la idea fran-

cesa de que las moscas son peligrosas. "Sali de ahí", le dijo mi madre sin mucho fervor patriótico. "Naciste y te criaste entre moscas". A causa de la guerra, excepto el viaje por Italia y otros dentro de Suiza, no pudimos viajar. Mas tarde, desafiando los submarinos alemanes y en la compañía de solo cuatro o cinco viajeros, mi abuela inglesa se unió a nosotros.

Por mi cuenta y fuera de la escuela empecé a estudiar alemán. Me lancé a esta aventura el "Sartor Resartus" ("El remendón remendado") de Carlyle, que me deslumbró y me dejó perplejo. El protagonista, Diógenes Devil'sdung (Diógenes Estiercol-diabólico) es un profesor alemán de idealismo. En la literatura alemana yo buscaba algo germánico emparentado con Tácito; pero esto sólo lo encontré, muchos después, en las viejas obras inglesas y escandinavas. La literatura alemana me resultó romántica y enfermiza. Hice la primera tentativa con "Crítica de la razón pura" de Kant, pero fui derrotado por el libro (como la mayor parte de las personas, incluso la mayor parte de los alemanes). Entonces pensé que el verso sería más fácil a causa de su brevedad. Conseguí un ejemplar de los primeros poemas de Heine, "Lyrisches Intermezzo", y un diccionario anglo-alemán. Poco a poco, y gracias al sencillo vocabulario de Heine, pude prescindir del diccionario e ingresé en la belleza del idioma. También me las arreglé para leer la novela de Meyrink "El Golem". (En 1969, cuando me encontraba en Israel, conversé sobre la leyenda bohemia del Golem con Geshom Scholem, un destacado estudioso del misticismo judío cuyo nombre yo había usado dos veces en un poema mío sobre el Golem, como la única rima posible). Alrededor de 1917 traté de interesarme en Jean-Paul Richter (en honor de Carlyle y De Quincey), pero pronto comprobé que me aburría enormemente. Richter, a pesar de sus dos campeonos británicos, me pareció un escritor de muy extenso aliento y muy poca pasión. Sin embargo me interesó mucho el Expresionismo alemán, que todavía creo superior a otras escuelas contemporáneas (como Imaginismo, Cubismo, Futurismo, Surrealismo y otras). Algunos años después, en Madrid, intenté las primeras y, quizás, las únicas traducciones de los poetas expresionistas al español.

En algún momento, cuando todavía me hallaba en Suiza, empecé a leer a Schopenhauer. Aún hoy, si tuviera que elegir a un único filósofo lo designaría a él. Si el enigma del Universo puede reducirse a palabras, creo que esas palabras se encuentran en sus obras. Lo he leído muchas veces, en alemán, por mi cuenta, y (con mi padre y su amigo Macedonio Fernández) traducido. Todavía pienso que el alemán es un hermoso idioma, más bello que la literatura que ha producido. Francia, paradójicamente, tiene una noble literatura (pese a su afecto por las escuelas y movimientos), pero el idioma es, según creo yo, más bien feo. Las cosas tienden a parecer triviales cuando se dicen en francés. En realidad pienso que el español es el mejor de los dos idiomas, aunque las palabras españolas son demasiado largas y difíciles de manejar. Por mi condición de escritor argentino tengo que lidiar con el español, y por ello tengo conciencia de sus debilidades. Recuerdo que Goethe escribió que él tenía que manejarse con el peor idioma del mundo: el alemán. Supongo que la mayor parte de los escritores piensan de manera parecida en relación con el idioma con el cual tienen que luchar. En cuanto al italiano, he leído y releído "La divina comedia", en más de una docena de ediciones diferentes; también he leído a Ariosto, Tasso, Croce y Gentile, pero soy absolutamente incapaz de hablar en italiano o de seguir una obra de teatro o un filme en ese idioma.

También fue en Ginebra donde por primera vez encontré a Walt Whitman en una traducción alemana de Johannes Schallaf ("Als ich in Alabama meinen Morgengang machte". "Cómo yo hubiera caminado en Alabama mi caminata matinal"). Por supuesto que comprendí que era absurdo leer a un poeta americano en alemán, y por ello pedí a Londres un ejemplar de "Hojas de hierba". Todavía lo recuerdo, encuadrado en verde. Durante un tiempo pensé de Walt Whitman no sólo como un gran poeta sino como el "único" poeta. En última instancia suponía que todos los poetas que en el mundo hubo hasta 1855, meramente se habían dirigido hacia Whitman y que no imitarlo era un signo de ignorancia. Este sentimiento ya me había visitado con la prosa de Carlyle, que ahora me resulta insoportable, y con la poesía de Swinburne. Estas fueron fases que atravesé. Pero más tarde viví experiencias similares sintiéndome abrumado por algún escritor determinado.

ANCORA SE SUSPENDE

Avisamos a los lectores que por motivo del disfrute de vacaciones legales del director, la revista Ancora se suspende durante los dos próximos domingos. Estará de nuevo en nuestra edición del domingo 15 de junio.

ANCORA

Revista Cultural de

LA NACIÓN

Director

CARLOS A. MORALES

Las colaboraciones serán solicitadas y no se devuelven originales.

Portada: Rodrigo Solera